

BENJAMÍN VICUÑA MACKENNA  
¡Cosas de Chile!  
(Cuadros y recuerdos del estado de sitio de 1850)  
Francisco Bilbao<sup>1</sup>

I

<sup>1</sup> Texto originalmente publicado en el diario *El Ferrocarril* de Santiago el 8 de octubre de 1876, de donde lo hemos tomado, teniendo a la vista su reedición en *Chile. Relaciones Históricas, Colección de artículos y tradiciones sobre asuntos nacionales, Segunda Serie, por B. Vicuña Mackenna*, Rafael Jover editor, Santiago, 1878. Aquí el editor consigna: "Impreso este libro encontrándose ausente el autor, adolece de algunos errores tipográficos entre los cuales corregimos solo aquellos que alteran el sentido de la frase". Las erratas advertidas en esta última edición han sido incorporados en la transcripción, que agradecemos a Victor Sepúlveda.

Por los años de 1850, es decir, en la justa mitad de este largo siglo, que parece no ha de acabar jamás, existía en la acera del oriente de la Plaza de Armas de Santiago una casa solariega que tenía cierta historia y cierta arquitectura. Había sido edificada en los primeros años del pasado siglo por un arrogante gentil hombre, francés de cuna –monsieur Briand de la Morandais–, rico armador y negociante de San Maló, la patria de Chateaubriand, con quien –digámoslo al pasar– los deudos de aquel eran y son todavía parientes, si no por el *Chateau*, de seguro que por el *Briand*, que tanto vale.

Había venido a Chile aquel caballero, como el señor *de Pradel*, el *de Letelier*, el *de Dunose* (lo de Nos), el *de Caux* (lo Coo) y muchos otros de esos personajes importadores del *de nobiliario* de los galos, bajo los auspicios y las franquicias que el rey de España Felipe V –francés de nacimiento y nieto de Luis XIV– había otorgado a sus compatriotas desde la rancia corte de Madrid. Cada cargamento era compuesto generalmente de sederías, tisús y lamas de plata y oro para las frailescas casullas y femeninos faldellines (que para ambos usos servían), esmalte para los altares, riquísimos

géneros de hilo de Holanda destinados a los tálamos, y encajes y blondas de la Flandes española (hoy Bélgica) para las *oidoras* y capitanas generales; todo lo cual valía desde doscientos mil escudos hasta medio millón de pesos, que los armadores se llevaban en oro en polvo o en talegos de cuero de chivato; y de aquí el pago *chivateado*. El “chivateo”, que fue canto de guerra de los araucanos, y la “chivata”, que despedía los duelos en las visitas de pésame, eran otra cosa. Otra cosa era también el *chivato* de los alambiques. Por todo lo cual ha de notarse que en tiempo de los reyes españoles, el chivato fue personaje de cuenta en sus Américas.

## II

Con uno de aquellos opulentos surtidos vino, por el año de 1708, el señor de la Morandais a la ciudad de la Concepción, capital y puerto de mar, de auge considerable en esos tiempos en que Valparaíso era una caleta de canoas de boldo y una bodega de adobes. Vendió, en consecuencia, el joven y afortunado mercader sus riquísimos tejidos a buen precio, en oro en polvo y en los ojos negros y rasgados de una joven y hermosísima dama que valía más que el oro, y de quien se enamoró perdidamente.

Llamábase la beldal criolla doña Juana del Solar y Caxigal, hija del tesorero real de Concepción de ese nombre, noble y caballero cruzado. La niña era también rica, ¿y podía no serlo siendo hija de un tesorero real de la colonia? No hemos leído todavía en el archivo de la Contaduría Mayor de Santiago un solo finiquito de cuentas que no tuviese por forzoso remate el que los *oficiales reales* (así se llamaban, y de aquí las *Cajas reales* de la Plaza de Armas) *tomasen iglesia*, es decir, que, a ejemplo y lección de su ilustre compatriota Gonzalo de Córdoba, aquellos honrados señores preferían hacer su aritmética con Dios a ir a la horca. No decimos por esto que el señor de Caxigal hubiera estafado al rey en un solo maravedí, sino que sentamos el hecho de que los tesoreros de la colonia, con rarísimas excepciones (y aquella fue probablemente una), cargaban con el tesoro cada cinco o diez años, y de aquí el *corte* y *tanteo* casi cotidiano de las previsoras y recelosas leyes de Indias; algo parecido todo esto a los finiquitos electorales de esta época de mayor progreso y adelanto político y moral, que atisban y aceptan cada tres años los oficiales reales de la moderna edad, de

estanguillero a subdelegado y aun de más arriba, para arreglar sus saldos con el rey, a cuenta de votos unos, y lisamente de maldades otros, prueba de que en todas las edades, el chileno es el mismo y lo único que ha variado es la institución. Por el *corte* y *tanteo* de Felipe II va lo que hoy se llama las elecciones populares de la República; *corte* y *tanteo* de los grandes tesoreros de estos tiempos, que no viven ya en las Cajas sino en la Moneda, y que no *toman iglesia* aunque dejan déficit de millones, porque se contentan con una parte de aquella, cual es la teología, y una fracción del otro, cual es el *veinticinco por ciento* de los pingües sueldos. – “¡Cosas de Chile!”

### III

Pero siguiendo nuestra historia, y sumados los dos caudales, el de la niña criolla y el del mozo francés, se notó que los platillos de la balanza mantenían el fiel completamente inmóvil, y hubo, en consecuencia, bendiciones y fiestas reales que pagó el tesoro y el cargamento.

Pero la doña Juana, como bonita, era consentida, y así, cual hoy toda mujer hermosa, que aduerme sus ojos dentro de párpados de albo jazmín y ríe con perlas y habla con corales, ha de tener berlina de abrir y cerrar, palco de primera fila y diadema de brillantes, así las altivas criollas de antaño habían de poseer ante toda cosa “casa en Santiago”.

La bella doña Juana llevó su fantasía, esto no obstante, mucho más adelante respecto de su novio de ultramar. Pidió casa en la plaza de la capital del reino, por lo mismo que no había sino un solar de vecino en todo su circuito. El costado del mediodía era del gremio del comercio y sus portales, el del poniente del gremio de la iglesia, el del septentrion del gremio, no menos numeroso, del Poder civil: y así vivían, plaza de por medio, en paz, bien avenidas, discretas, de gala, con guantes de suave gamuza el capitán general, y de finísima seda el obispo, visita hecha y visita pagada, esas que hoy se juzgan tan malas vecinas, regañonas y mal habladas: la autoridad civil y la autoridad de la iglesia, o como dicen los brillantes escritores a la moda sin fijarse en la blafesmia, “César y Dios”. ¿No sería menos místico y más reverente decir, como en el Japón, “el Emperador y el Mikado”?

Pero quisiéralo o no quisiéralo, el apasionado gentil hombre de San Maló compró el único solar vendible y comprable de la Plaza del Rey, frente al obispo y al costado del capitán general,

para regalo y holgura de su amada. Edificó, sobre las ruinas del vetusto edificio que allí había, su mansión, y una luna de miel sin menguante iluminó la alcoba y el oratorio de los desposados. Olvidábamos decir que por el criente la casa solariega del costado derecho correspondía a la noble familia de Aldunate, con entrada por la calle de Monjitas, y la del costado izquierdo a la no menos noble y opulenta de los Ruiz de Tagle. Hoy todo es portal.

#### IV

Mas el enamorado caballero, al delinear sus aposentos, no había puesto mientes en una dificultad de detalle que entonces preocupaba muy poco los ojos y los oídos de los vecinos de la capital del Nuevo Extremo: el caballero de San Maló no había echado de ver que el *rollo* en que azotaban a los ladrones, estaba clavado a pocos pasos de su puerta medio a medio de la plaza y enfrente de sus ventanas.

Pasó esto desapercibido para los dichosos desposados durante las primeras lunas de su hi-meneo; pero como por entonces era Santiago todo entero un “jubón de azotes”, por lo mismo que era colmena de zánganos y madriguera pobladísima de rateros, sucedió al fin que los chasquidos y los ayes no dejaban por la noche cerrar sus párpados a la consorte penquista, y de día traíanla desazonada y nerviosa. El *rollo* era el reloj de la colonia, y los minutos podían contarse por los golpes del látigo, tan fijo era, que estos no tenían fin, y tan buena y sonora era la verga. Sabido es que el mejor cuero de España es el de Berga, en Cataluña, y por eso daban su nombre al azote del verdugo.

Vino otro daño a complicar la situación, y era éste de mucho mayor monta y sin remedio posible, porque era cuestión de femenina vanidad y melindroso pique. Envidiosas las santiaguinas, cuyos copetes llegaban entonces hasta el cielo, de que una hija de Penco, y a más casada con francés, a su juicio advenedizo, tuviera casa expresamente edificada en la plaza misma de la ciudad, dieron en poner a aquella, por apodo y por venganza, el nombre del vil instrumento que afrentaba su portada. Y de aquí vino el llamar desde esa época la primera mansión de los señores de la Morandais, en Santiago, por cierto mil veces más suntuosa que muchos de los *chateaux* de sus orgullosos

antepasados de Bretaña, con el apodo popular de “la casa del rollo”, nombre ominoso y de insopor- table insulto para sus altivos dueños.

Desesperose al fin de tanta contrariedad la sensible novia, adormecida en fáciles regalos, y pidió casa en otro barrio, lejos, muy lejos de la lúgubre plaza de los azotes y casi en los arrabales de la ciudad. A todo lo cual el complaciente marido, que a nada sabía decir *no*, puso visto bueno con santa mansedumbre y mandó edificar en una calle entonces solitaria, a la manera de una quinta de recreo, la espaciosa casa que hoy posee el señor Lazcano, calle de por medio con el palacio de la Moneda.

Es esta más que secular mansión la que hoy forma ángulo a las calles de Morandé y del Chirimoyo, y dista sólo cinco cuerdas de la plaza: mas en esos años, contaba como fuera de la ciudad, porque la última propiamente componíase de dos calles. Eran éstas la del Rey, hoy del Estado por derecho de herencia, y la de Ahumada, por el general don Gaspar *de* Ahumada, que vivía en la que es hoy casa de Matte y cuyo *de* español, con los años, se hizo humo.... No así el *de* bretón, porque en la casa o palacio ya nombrado vivió largos años la feliz pareja de Penco y San Maló, y allí nació su larga prole, que no desmiente todavía en la belleza y la bondad el tipo de sus abolengos. Por esto aquella calle se llamó desde entonces, sincopadamente, *de Morandé*... El ¡ay! del noble apellido de Bretaña se había quedado con los azotes en el rollo...

Igual o cosa parecida aconteció por esos años con el apellido de Dunose, que perdió la mitad de sus letras, y con el de los deudos del famoso confesor de Luis XIV, el padre Miguel *de* Le-Tellier. Más felices los últimos extraviaron en la mudanza de domicilio sólo una mayúscula y una l, al paso que los descendientes de don Luis *de* Caux, y del famoso Salomón de ese nombre, que inventó el vapor en el siglo XVII, camaradas unos y otros de los Briand de la Bretaña, comenzaron también desde esa época, a llamarse plebeyamente Coe, y los de un señor Picard, Picartes. Sólo los Breton, los Ravest, los Fabres, los Bordalí, los Pradel, conservaron intacta la ortografía de su raza en este país, de suyo traductor, al punto que a la familia inglesa de Evans (que en su lengua se pronuncia *Ivans*), fundadora de Linares, se la llamó más tarde y aún hoy día, simplemente, “los Ibañez”. ¡Cosas todas de Chile y de su jerga!

## V

Pero describamos ya la casa, cual fue levantada y cual la conocimos en su siglo, que esto, y no el amor de una penquista y de un francés, es el tema principal de estos recuerdos.

El palacio del primer Morandé era suntuoso como la morada de todos los nobles de Chile, y componiase de un frontis espacioso con zaguán, *mojinete* y puerta de cadena, cuyo último era lo esencial. Las columnas en que reposaba esta puerta, tachonada de enormes clavos de cobre fundido en Bucalemu, según el gusto vizcaíno o jesuita, eran de piedras canteadas con primor, y el *mojinete* se empinaba, cabalgando (y de aquí tal vez su extraño nombre arquitectónico, si bien el diccionario dice que es de las damas que tienen empinada la cadera) sobre los tejados por medio de macizos y cilíndricos maderos de canelo, cortados por el hacha en las vegas de San Francisco del Monte o de la Dehesa.

A uno y otro costado de aquel divisábanse dos altillos a manera de confesonarios, y sin duda que ese adorno, poco común en esos buenos días por la frecuencia de los terremotos y las tonadas galanas de la medianoche, debió ser copiado sobre el modelo antiguo que allí hubo, pues los más viejos cronistas cuentan que la primera casa de altos que se edificó en Santiago, yació en la plaza y fue su dueño el capitán Juan Jofré, uno de los más ricos entre los soldados y compañeros de Pedro de Valdivia.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que desde el capitán Juan Jofré, primer alcalde de Santiago, y desde el señor de la Morandais, que también lo fue en sus días, las cosas más peculiares de nuestra querida ciudad natal han sido estas: los *mojinetes* y la *mojigatería*. Y estas, por lo visto, no son “cosas de Chile”, sino simplemente i“cosas de Santiago”!

## VI

Aquellos balcones eran sumamente bajos, y desde la acera, los transeúntes podían golpear sus torneados balaustres con el bastón, y como eran anchos y cortos de proporciones, asemejábanse de lejos a aquellas petacas en que, hasta no ha mucho, se callejeaba el pan francés y el pan de España

en nuestro pueblo: y ese precisamente había sido el amasijo de aquella casa del galán francés y de la novia castellana.

El patio de honor era grande y estaba empedrado con menudos guijarros del Mapocho, entrelazados con dibujos de blanquísimos huesos llamados tabas, y que no eran sino las vértebras de millares de carneros, más abundantes entonces y más baratos que las piedras del río. En Mendoza quemaban vivos esos buenos animales, según Miller, para cocer ladrillos a falta de leña y de carbón de piedra: ¡tal era el prodigio de su número según aquel viajero! No será fuera del caso agregar que otro viajero –Gerstäcker–, notando, un siglo más tarde, aquellos extraños mosaicos en esa propia casa, escribió en su lengua que los “rencorosos chilenos habían empedrado las calles de sus ciudades y los atrios de sus mansiones con los huesos de los españoles muertos en Chacabuco y en Maipú”...

En todo caso, el mentir de uno y otro perambulante es gordo, pero no falto de ingenio ni amenidad en ambos, porque hay dos cosas de sumo divertimento sobre que escribir en Chile un libro, sin salir del recinto que medimos, y esas cosas son: Primera, la historia local de la plaza de Santiago desde que Pedro de Valdivia cargó en sus hombros el primer adobe cortado en su terruño, hasta que el intendente Cavareda la hizo empedrar, hace sólo cuarenta años, con una multa, “a lo Portales”, impuesta a ciertos jugadores de copete. Y la segunda cosa es la historia de los disparates y mentiras que los extranjeros han escrito sobre esa misma plaza y sus alrededores.

## VII

Tal era, entre tanto, y fielmente dibujado, el frontispicio y la apariencia exterior de la *casa del rollo*. Su distribución interna era, como la de todas las casas del presente, pasados y ante-pretéritos siglos, dos alas laterales de aposentos para dormir, llamados *cuartos* probablemente por su forma, y en el centro la *cuadra* (que ese nombre llevaban porque en el primer siglo allí dejaban los escuderos los caballos de sus amos) y la *antesala*, que era también el comedor y a veces dormitorio. Adentro estaba el huerto y las flores. Más adentro, la acequia y el lavadero. Pero por un acaso extraño, o por la prisa con que se edificó esta mansión –nido improvisado de juvenil pareja llegada al ramaje en

primavera—, aquella residencia no tenía jardín ni departamentos interiores, sino un solar abierto, surcado por un canal de agua a manera de pantano. Hemos dicho que la casa era solariega, y tal vez por esto era casa de solar. Su melindrosa dueña llevaba también ese nombre y suyo era el solar y el apellido.

## VIII

Vamos a recorrer ahora aquel histórico recinto y a contar tal cual existía en la medianía cabal de nuestro siglo, cuando, bajo sus viejos artesones, no mudados sino por la polilla y las goteras, los modernos usos, todo, empero, lo habían transformado. En 1850 —época precisa de este relato—, la casa de doña Juana Solar Caxigal de la Morandais, era plebeyamente imprenta, club, botica, sastrería, casa de correos y hasta taller de mecánica extranjera.

Las oficinas de correos ocupaban el costado de la sombra, y en dos cuartos redondos cabían los pensamientos y la actividad moral y mercantil de todos los chilenos, a dos reales carta, en la justa mitad del siglo del vapor y los alambres. En el costado opuesto, la ya legendaria botica de los hermanos Barrios tenía sus drogas, su mortero y un brasero de fuego para las infusiones, el cual echaba noche y día torbellinos de brillantes chispas bajo el soplador de cuero o de petate.

En el centro y en algunas improvisadas mediasaguas del solar interior, había sido instalada, desde hacía dos años, la imprenta llamada de *El Progreso* por el notable diario de ese nombre que daba a luz. En los altillos de los costados, a guisa de petacas, estaba la redacción del diario con una mesa, tres sillas rotas y un sofá convaleciente. Y por último, en algunas piezas que caían a la calorosa acera de la plaza, un taller de sastres en mangas de camisa, y un poco más allá la relojería de un paisano del señor de Morandais, que los pocos niños que a esa altura cargaban reloj en la faltriquera, conocían sólo con el nombre de “don Benjamín”. Pero decimos mal y levantamos un falso testimonio a nuestra crónica doméstica al hablar por esos años de *niños y relojes*, pues debimos decir *los hijos de familia que se habían hecho la primera barba*, porque los niños propiamente tales de la medianía de este siglo, mal llamado de la ley y la justicia, sólo usaban dos cosas, es a saber, *mamelucos y coscachos*. En cuanto al “don Benjamín” de los relojes, era un francés formal, callado,



picado de peste, y que decía en una semana muchas menos palabras que campanazos el esquilón de las dos de la tarde de la Catedral de enfrente, cada día.

Tal era el conjunto y el detalle de la casa de los Morandais, que a la sazón (1850) lo era de los herederos del honrado caballero don José Antonio Cañas, hijo de otro tesorero real de España. Agreguemos, para completar la historia, que por ese tiempo, el municipio estaba en tratos con los dueños de la casa por la suma de cincuenta mil pesos, para edificar el teatro de la ciudad en su espaciosa área. Agreguemos también que la *casa del rollo* tenía en su portada, pintado en cifras blancas sobre fondo negro, el núm. 32, no se sabía de cuál calle.

## IX

Hemos diseñado el sitio, y vamos ahora a entrar en el drama. Y al lector temeroso que se sienta inclinado a la fuga o a la siesta por lo largo del prelude, le diremos por de pronto y para no malograr su buena compañía, que ese drama es sólo en un acto y tres rápidos cuadros. Los personajes no pasan tampoco de tres, o más bien, es uno solo.

## X

Era el 8 de noviembre de 1850, y acababan de sonar en el reloj de las Cajas reales las cuatro de la tarde, cuando subían la escala de uno de los altillos de la *casa del rollo* (el de la derecha, entrando) tres personajes de alta significación política en aquellos turbulentos tiempos. Rugiase a esa hora en toda la órbita de la capital, que había estallado un motín revolucionario en la ciudad tres veces heroica de San Felipe; veíase correr vigilantes azorados en distintas direcciones; los rostros del Presupuesto se asomaban pálidos a las ventanas; andaban los santiaguinos, o más bien corrían contra su costumbre, a razón de tres millas por hora, dejando atrás hasta las carretas, y todo era preguntar en las tiendas del portal de Sierra Bella, y especialmente en la botica de Barrios, madre legítima de los clubs sociales de esta fecha: – “¿Qué es lo que hay? ¿Qué hay de San Felipe?”.

Agregábase que en aquellos precisos momentos estaba reunido en la Moneda el Consejo de Estado para *deliberar* sobre si se declararían en estado de sitio las provincias de Aconcagua, Santiago y Valparaíso. Y todo, con excepción de lo de *deliberar*, era verdadero. Por manera que aquellos tres aparecidos llevaban entre manos algo de muy grave y muy siniestro. Esos, sí, que iban a *deliberar*.

## XI

Por nuestra escasa ventura, somos ya bastante viejos para revelar las confidencias de las épocas primeras de la vida sin necesitar ni pedir la excusa de los vivos. Escribimos o charlamos para la historia y en medio de los vivos que hicieron esa historia; y en este presente caso, la sinceridad del relato es tanto más exigida a la nobleza de la pluma, a la pureza del comentario y a la fidelidad de la memoria, cuanto que aquellos tres hombres existen sólo entre los desaparecidos de la escena. Por eso nos apresuramos a dar sus nombres. Era el uno Pedro Ugarte. Era el otro Francisco Bilbao. Y era el último don José Antonio Alemparte. El que esto escribe, no cuenta entre ellos como actor sino como eco, pero eco de la memoria y del alma, no del bullicio que la tramoya engendra al cambiar en el escenario de los tiempos sus cuadros y decoraciones. El cronista tenía entonces diecinueve años. Era, por tanto, mayor de edad y podía servir de testigo hábil ante la historia.

Aquellos ciudadanos no llegaban a la redacción de *El Progreso* en esa hora y en ese día por un acaso. Habíales dado, al contrario, precisada cita el narrador en aquel sitio, por encargo superior, en la mañana; y los tres fueron puntuales. El último en llegar había sido Alemparte, que vivía en el barrio de Yungai (tres cuadras más abajo de Santa Ana), y éste se presentó a caballo y con sombrero de jinete. Yungai era en 1850 el campo (el *llanito* de Portales), como la calle de Morandé lo era en principios del siglo precedente.

No necesitamos decir que era aquella una cita revolucionaria.

## XII

Tenía el último de los nombrados todos los hilos de la conspiración militar latente que entonces se tramaba contra una autoridad cuya formidable intransigencia era una línea de batalla dispuesta a hacer fuego a la primera voz de lo alto. Ugarte, al contrario, entendía con otros en la alta política, en los acuerdos del directorio, en el movimiento de provincia, en los fondos, en los planes de aliento dilatado. Bilbao era un simple tribuno recién aparecido en el proscenio de fuego de la revolución, que respondía de el pueblo, es decir, de la acción armada de las clases obreras de la capital, que noche a noche, le escuchaban y le aplaudían en los clubs igualitarios. Era aquel un triunvirato completo que tenía a su espalda una revolución estallada, y en sus manos otra revolución por estallar.

## XIII

Hemos dicho que esos tres ciudadanos fraguaban una conspiración, y esa confesión es de rigurosa verdad. Pero hemos dejado la frase incompleta. En Chile, toda conspiración ha sido un duelo, es decir, que ha sido recíproca. El pueblo y el poder han conspirado de consuno. Mas es preciso dejar sentado el hecho fielmente histórico de que la primacía de la maquinación ha correspondido siempre, con una o dos excepciones, a los tramoyistas de arriba. El país, sufrido, laborioso, amigo de acumular, sembrador, novillo una semana, buey de labor toda la vida, manso eternamente, sólo ha empuñado las armas o afilado en secreto los puñales cuando las usurpaciones han colmado la medida, y cuando la burla de esta monarquía hereditaria ha tenido, no el gracejo de una comedia, sino los aprestos terribles de enérgicas y prolongadas dictaduras.

Con esta explicación de una palabra que debemos al sentido recto de las cosas, proseguimos nuestro drama en su primer cuadro.

## XIV

Don José Antonio Alemparte, hombre de cincuenta años, pequeño, ronco, verboso como una catarata, movable como un torrente, antiguo soldado, recogido cuando niño, moribundo y destrozado por la metralla en una zanja del asalto de Talcahuano (1817), no había perdido sus bríos juveniles; pero no era ya la patria la beldad que usurpaba su alma impetuosa hasta el heroísmo, ardiente hasta el frenesí. Era, al contrario, una aparición llena como él de vida y de pasión la que había salido al encuentro de sus cansados años, y esa visión dichosa embargaba su alma, su mente, su vida de revolucionario, a pesar suyo. Mostrábase por esto azorado, inquieto, incoherente, en el conciliábulo perentorio de aquella tarde. No tenía, en consecuencia, soldados que ofrecer a los igualitarios inermes que debían sostener la bandera temerariamente enarbolada por sus hermanos – los igualitarios de San Felipe. Cierto es que hablaba vagamente de este o de aquel capitán del batallón *Yungai*, que asistía con su compañía, como retén, al cuartel de artillería en cada noche; cierto que pronunciaba con desconfianza el nombre del comandante del famoso batallón *Valdivia*, que en aquellas precisas horas venía en marcha desde la frontera, vía Valparaíso y Curacaví, donde alojaría aquella noche; y cierto, por último, que de cuando en cuando, y mirando con recelo a todas partes, dejaba escapar a media voz el nombre del coronel Urriola, íntimo amigo y camarada del comandante Sepúlveda, jefe de aquel batallón en marcha, o el de su propio cuñado, el pundonoroso coronel Arteaga, recientemente separado y sin motivo del mando de la artillería.

Por todo esto era incierto, confuso, indeciso, y era hasta pusilánime. Conociase desde larguísima distancia que aquel anciano podía ser todavía héroe por amor, mas no ya por patriotismo, como cuando lo fue impúber y sublime al pie del muro castellano.

## XV

Pedro Ugarte, vestido con el parco y limpio traje de paño oscuro, que en él era la toga del magistrado y el lúgubre pero apropiado uniforme del triunviro, se paseaba a grandes pasos en la estrecha celda, y agitaba con su lengua nerviosa aquel diálogo intercadente. Bilbao se mantenía impassible.

Usaba el ex-juez del crimen de Santiago (porque sólo en esos días había sido destituido siendo juez único, como hoy no tienen cuenta) un bastón fornido, el cual, golpeándolo en el pavimento, lanzaba por la empuñadura un dardo de acero que se fijaba por un resorte a guisa de puñal. Y como la techumbre del aposento era muy baja y su dueño de una estatura elevadísima y erecta, iba clavándolo en las tablas a medida que se paseaba cual león rabioso en jaula estrecha, y como impaciente de que aún no llegase la hora del combate. Era ese un hombre de bilis y de fuego, y de esos seres han nacido siempre los héroes, los dictadores y los mártires. ¡Pobre Ugarte! Tocole en suerte ser sólo lo último.

## XVI

Francisco Bilbao, decíamos, se mantenía mudo, pensativo e inmóvil en aquella escena. ¡Cosa extraña! Bilbao no era de suyo un hombre de entusiasmo, como se le ha juzgado y se le juzga, sino un hombre de helado pensamiento. Tenía de continuo toda la flema de su padre, el más impenetrable y el más tenaz de los viejos pipiolos que vivieron conspirando eternamente contra Portales, eternamente contra Tocornal y eternamente contra Montt, durante veinte años; y así su hijo era de suyo una naturaleza de meditación y no de arranque, de reposo y no de bélica turbulencia. Verdad es que había bebido en la leche de su madre –mujer llena de espíritu y de imaginación amplia y abundante– el calor que nutría en su cerebro, que fortificaba su alma en las pruebas y reavivaba su fe en los calabozos; pero era la fe del filósofo, no la del héroe, la que se anidaba en su pecho.

Poseía indudablemente Francisco Bilbao un valor personal, sereno y casi impasible; pero no tenía los ímpetus de la acometida, que constituyen el verdadero hombre de acción. Por esto callaba cuando sus colegas se interrogaban recíprocamente sobre la manera de parar el golpe que ya crujía en las vigas de aquel retrete, y que a esa hora era más escondite de vencidos que albergue de conspiradores.

## XVII

Francisco Bilbao vestía con limpieza y suma sencillez. Llevaba, durante el invierno, un largo y ancho capote de paño azul-oscuro que daba a su cuerpo, delgado y flexible, pero recto, cierta ampulosidad y elegancia que era natural a sus ademanes. En nuestro ardiente estío usaba generalmente pantalones de brin blanco, una blusa ligera, cual las gastan todavía los estudiantes del *Cuartel latino* de París, y por la noche, los domingos, y especialmente en los días de club popular, se abrochaba sobre sus angostos hombros un frac negro o azul, según era la costumbre de esos años. Vestido así se había presentado al jurado de 1844, realzando lo vistoso de su atavío con un ancho sombrero de felpa a la *San Simoniana*, moda que entró por entonces en ciertas cabezas de la capital, como habían entrado, hacía poco, en ciertas piernas los pantalones sin *pial*, “a la Sessé” (“ícosas de Chile!”); y así ataviado visitaba dos o tres familias de Santiago. El frac azul abotonado al pecho, con botones lisos de resplandeciente metal, era el traje de guerra de aquella generación pintoresca, valerosa y esencialmente revolucionaria aun en el amor, aun en el frac y sus botones.

De talla, era Bilbao alto más que mediano, un poco enjuto, descarnado, recogido de hombros y sumido de pecho, porque desde la cuna llevaba la señal de su fin prematuro a que su agitada vida dio mayor pábulo – la tisis. Era un tanto pálido, de albo color; pero sus mejillas y su frente se encendían rápidamente cuando hablaba en público. Sus sienes eran erguidas, su cabellera un tanto rizada, profusa y llevada a manera de montaña – hermosa cabeza de poeta y de soldado, de filósofo y tribuno. Sus ojos eran dulces, medianos y de un tinte azul color de cielo. Su nariz recta y prominente imprimía cierta dureza a su perfil, y su boca fina, delgada, pegada en arco sobre los dientes, contribuía a revestir su rostro de un aire de silenciosa terquedad que no prevenía de pronto en su favor. Eran esas, así como su barba aguda, señales de una evidente energía y firmeza de carácter.

Detrás de un escritorio de caoba o de nogal americano, Francisco Bilbao habría sido tomado por un inglés de casa fuerte, pues tenía un contacto seco, estirado y marcadamente aristocrático en su ademán y en su expresión. No usaba tampoco barba ni bigotes según el gusto inglés. Otro detalle: solía raparse a navaja las entradas de las sienes para dar más relieve a su cabeza – minuciosidad pueril en un filósofo, pero que no acusa por sí sola y lo bastante, el apocamiento de las facultades.

Conocí yo un bellissimo mancebo, chileno y santiaguino como Francisco Bilbao, que nunca iba al banquete o al baile sino con la cabeza descubierta, para evitar que el roce del sombrero desensortijara una sola hebra de sus cabellos, y sin embargo, ese adorador de sí mismo y de su pelo, era capaz de las acciones de mayor arrojo personal. Joaquín Murat empleaba tres horas cada día en su *toilette*, y en seguida empuñaba el sable y se batía como un león. Aquiles sabía también vestirse de mujer.<sup>2</sup>

Tal era la naturaleza física de Francisco Bilbao, su estampa y su primer acceso, frío, reservado, distraído y casi glacial. Pero cuando la escarcha de la primera hora había sido rota por el roce, brotaba su innata simpatía de hombre bueno y de hombre culto, y le rodeaba con un ambiente cariñoso. Cuando Bilbao hablaba en público, ese ambiente se teñía de lampos rojos y se cambiaba en auréolas. Fue un gran orador.

## XVIII

Su trato con los hombres era bondadoso, pero seco y poco expansivo por índole y natural inclinación. Desconfiaba del santiaguino y era entusiasta por el indio bárbaro, cuya lengua estudiaba a la sazón con un lenguaraz, sargento de granaderos a caballo. Pero abría fácilmente su corazón despreocupado y su pensamiento frío y luminoso a la mujer. No tenía amores, y era capaz de sacrificios mayores que los que comúnmente hacen los que aman, como lo probó más tarde en las aguas turbias del Plata...

Como político, era sectario, es decir, tenía el exclusivismo helado de una escuela; pero su bondad innata le arrastraba a la concordia y al amor. Por eso, y porque solía inspirarse en su alma (no en su cerebro), fue en muchas ocasiones un orador sublime, por nadie sobrepujado todavía entre nosotros. No le conocimos ningún aborrecimiento; y en medio de aquellos festines de la ira y en aquellos conciliábulos del odio en que los labios crispados vomitaban castigos de muerte, nunca le oímos una expresión que acusara pasiones rencorosas. Tampoco dañaba la decencia con su lengua, por lo cual complaciase Santiago Arcos en ruborizarlo con cuentos y palabras de Sevilla. Era inclinado a la clemencia porque era valiente, y como tal batiose, cual los héroes, al pié de una barricada en la mañana del “20 de abril”. Peleó en esa jornada como simple soldado, fusil en mano,

<sup>2</sup> Esta insinuación y la que aparece hacia el final, en el capítulo XXXI, le permite a Crescente Errázuriz, en el texto que reproducimos en este mismo número de *La Cañada*, referirse a Bilbao como el “Aquiles chileno”.

entre Manuel Recabarren y Eusebio Lillo, que se batían como él, la culata en el hombro, la puntería sobre los cañones que mandaban tres héroes dignos de ellos: Erasmo Escala, Marcos Maturana y Ricardo Merino, que allí cayó para no volver a levantar. Los otros cayeron también, pero salvaron. – ¡Terrible mañana!

Como hombre de inteligencia, es decir, de rápida absorción del pensamiento y su devolución en formas precisas y luminosas de estilo y de concepto, Bilbao nos pareció siempre secundario, si no mediocre. Para escribir era confuso, emblemático, a veces completamente ininteligible, como en sus *Boletines del Espíritu*, que fue su obra de parada al llegar a Chile, y un inmenso fiasco.

No tenía originalidad, porque imitaba a Lammenais, a Michelet y especialmente a Edgardo Quinet, su maestro y su jefe en la guardia nacional revolucionaria de París, sin tener la iluminación de alma ni el mágico estilo del abate apóstata, ni el genio del tipógrafo filósofo, ni la inspiración fogosa del último repúblico. Por esto no se ha comprendido jamás de una manera clara el fin que perseguía, su ideal, su misión; y ya tan temprano ha necesitado comentadores, que no aciertan a entenderse entre sí, cual si se tratara del Dante o Machiavello.

## XIX

Pasando a un género más elevado de apreciaciones morales, que no constituyen, empero, un retrato, ni siquiera un bosquejo, Francisco Bilbao fue sin duda y a pesar de todo, un ilustre ideólogo, pero no fue otra cosa que un ideólogo abstracto, metafísico, casi empírico. Cierto es –¿y quién podría negarlo?– que las ideas han sido la palanca del mundo desde Moisés a Doelinger, y que, con relación al progreso del linaje humano, son aquellas lo que la máquina de fuego al pesado tren que arrastra, el combustible y la materia. Mas, para que la locomotora oprima los rieles y los recorra con la velocidad del relámpago, indispensable cosa es que el conductor conozca las válvulas de señal y el itinerario de la senda; y era ese preciso conocimiento práctico el que faltaba a Bilbao, especie de viajero orgulloso, abstracto hasta parecer excéntrico y ofuscado por la inexperiencia, que se empeñaba en hablar en medio de nosotros en una lengua desconocida, sin sentido, sin vibración y sin luz.



No es tampoco menos verdadero que los más grandes adelantos, como las inesperadas y más fecundas conquistas que han formado la cuna y el apogeo de la civilización moderna, débense en gran manera a esos mismos ideólogos, a cuya secta gloriosa pretendía Bilbao asociarse en la humildísima escala que a él podía caberle, y los cuales, como él, padecieron temprana persecución por su genio, sus descubrimientos y su alma, puesto que, como él otra vez, fueron tenidos por “locos”: Galileo, Newton, Pascal, Descartes, Leibnitz, Torricelli, Guttemberg, Volta, Colón, Fulton, Morse y tantos otros sublimes benefactores de nuestra especie y nuestra era. Pero cada uno de esos espíritus inmortales, aun los más técnicos, como Newton, los más metafísicos, como Descartes, los más abstractos, como Leibnitz, perseguían en su alma o en su genio alguna solución que fuera guía y que fuera hecho y victoria. Así, Galileo nos dejaba por herencia las leyes que gobiernan la tierra, Newton las leyes de los astros con la mecánica celeste, Colón un mundo, Fulton la palanca de ese mundo, y Volta y Morse el alma de ese mismo universo inmenso, inerte, colosal, sordomudo, a quien tres siglos antes Guttemberg había dado el uso de la voz y la palabra. Y aquellos mismos que no fueron tan lejos como esos redentores –Pascal, Torricelli, Leibnitz, Arago– dejaron su eterna huella: aquel en todas las soluciones de las ciencias sublimes, el otro en el barómetro, el otro en su aspiración práctica hacia la creación de una lengua universal, el otro en la vulgarización de la ciencia del cielo en sus famosos textos populares.

Mas entre nosotros, en esta humilde lengua de tierra, que se postra a la voz de un solo hombre vulgar y osado, para postrarse en seguida por solo delegación de herencia a otros hombres, y más tarde a otros, siempre dócil, sumiso, negociante, cuidadoso sólo de su trigo y de su alfalfa; entre nosotros, decíamos, aun aquellos pocos que levantan su voluntad unos cuantos codos sobre el suelo, y que, por lo tanto, arrastrados de una pasión generosa, han encendido la fama de Francisco Bilbao y levantádola al parangón vedado de los genios verdaderos, ¿podrían justificar tamaña empresa con otros timbres que los de sus polémicas, siempre estériles como filósofo, y de sus victorias, siempre efímeras como titulado apóstol?

## XX

Bilbao, como el ilustre sacerdote y apóstol verdadero, Ovalle de Balmaceda, tenía sin duda en alguna manera la abnegación de sí mismo, pedestal único de la grandeza moral de los filántropos; pero era escolástico, era sectario, era copista, y de aquí es que ni aun como amigo de la humanidad, merecerá de los tiempos el tributo de admiración debido desde ya a aquel pobre sacerdote que dio en la flor de sus años su vida al dolor humano, su cuerpo al cilicio; y su alma al cielo. Naturaleza elevada, corazón benévolo, entusiasta, crédulo y susceptible de ser arrebatado en alas de súbitas y magnánimas inspiraciones, eso era Bilbao como ser y ciudadano, y por eso fue grande orador, errante peregrino y tribuno famoso. Pero no fue ni pudo ser reformador eficaz y fecundo en un pueblo, si bien nóvel, profundamante apático, olvidadizo y egoísta. Su mente, poblada eternamente de nieblas, no sintió la llama creadora que arde sobre la cúspide de los más altos montes, y por esto no fue ni legislador, ni hombre de estado, ni siquiera un político mediocre ni un revolucionario verdadero. Era un tribuno que, después de haber arrebatado a las masas con su palabra, salía encabezando la agitada turba por las calles con un *bouquet* de perfumadas y vistosas flores en el ojal del frac azul, ceñido graciosamente a la cintura, y que a la par llevaba en sus dos manos, como insignia de batalla, un árbol de la libertad de mostacillas... Bien es verdad que, por lo chicas y por ser de vidrio, las últimas podrían pasar por *nuestras* libertades...

## XXI

Una sola cosa práctica enseñó Bilbao a los chilenos, o más propiamente, a los santiaguinos, y fue a hacer barricadas con las vigas y tablazones de la barraca de maderas de San Juan de Dios (hoy iglesia), en la terrible madrugada del “20 de abril”. Pero ni siquiera en ese arte tuvo discípulos de provecho, porque si es cierto que la Serena, Talca y otras ciudades erigieron más tarde sus trincheras, Santiago no las haría de buen grado sino de colchones para dormir la siesta.

En cuanto a sus libros, ¿habrán de sobrevivirle? Escribálos con notable dificultad física e intelectual, de lo que somos testigos, y en seguida, como lo hemos recordado ya, escribiendo en pleno

<sup>3</sup> Aun cuando no hemos podido saber quién es el autor de la frase citada, lo que viene en este capítulo es la toma de posición por parte de Benjamin Vicuña Mackenna en el debate sobre el monumento a Francisco Bilbao y la repatriación de sus restos. La proposición fingida de repatriación de “las cenizas”, cuando “la familia del proscrito negó ayer a Chile la devolución de sus cenizas”, y por otra parte la proposición sincera de un diferimiento hacia “la posteridad” para la erección del “bronce de su gloria”, anticipa en cierto modo la redacción de su Historia del 20 de Abril de 1851: “De allí [de su escondite] salió disfrazado de clérigo [hacia Valparaíso] para dirigirse a Lima, de donde ya no volvió más a su patria, que hoy le promueve estatuas” (*Historia de la jornada del veinte de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago, por B. Vicuña Mackenna*, Rafael Jover editor, Santiago, 1878, p. 649). En 1943, cuando ya el monumento está en la Plaza de la Aduana de Valparaíso, durante un homenaje a Bilbao tal vez en la sede del Club Central de la Gran Logia de Valparaíso, se oyó decir: “Y en esta noche, ante las columnas de este templo dedicado al Gran Arquitecto del Universo, bajo la bóveda estrellada de su cielo, podríamos decirle recordando su figura magnífica: Hermano que estás en el bronce de la gloria, tu recuerdo flotará eternamente en nuestros corazones” (*Francisco Bilbao, por O. G. Galería de Libpensadores ilustres*, Volumen II, Editorial ‘Amanecer’, Valparaíso, 1943).

siglo XIX, que no es ciclo de tinieblas como la Edad Media del Dante o el Renacimiento, marcado en el libro de *El Príncipe*, sino era de luz a torrentes, no ha logrado Francisco Bilbao ser comprendido y comentado sino por unos cuantos escogidos de su secta, prueba de que su espíritu careció casi por completo de aquella osadía, de aquel desembarazo, de esa facilidad llana, pero irresistible y ardiente a la vez, que se ha llamado por alguien “el númen de la pluma”. No fue escritor.

## XXII

Uno de sus biógrafos ha dicho que Francisco Bilbao “vivió cien años adelante de la *civilización americana*”<sup>3</sup>, y así lo pensarán tal vez honradamente dentro de ese siglo por venir, sus venideros admiradores. Mas nosotros, con igual candor, juzgamos que la civilización americana nada, absolutamente nada, debió a la escuela del “maestro”, porque fue simplemente el importador inconsulto de una faz, la más dudosa todavía, de la civilización europea, aquella civilización socialista de los días de febrero de 1848, en que Bilbao había sido actor, y después la de la horrible *Comuna* de 1870, cuyo sangriento festín de incendio, asesinatos y sacrilegios, él oyó sólo en la tumba. Inexperto capitán de cabotage, Francisco Bilbao paseó por toda la América una mercadería que había tomado a flete y en cajón cerrado sobre su bordo; pero sin cartas de mar, sin timón y sin brújula, encalló a la entrada de cada puerto entre arrecifes desconocidos y murió tristemente en Buenos Aires, sin discípulos, sin colaboradores, casi sin prestigio, sosteniendo la semi-salvaje dictadura de Urquiza, sucesor del salvaje Juan Manuel de Rosas... ¡Tan cierto era que el lastre de aquel espíritu sin equilibrio había sido disipado por los vientos en la altura! ¡Tan cierto era que el combustible de su alma se había convertido en humo en medio de la hoguera!

Entre tanto y en la hora postrera de las reparaciones, la familia del proscrito negó ayer a Chile la devolución de sus cenizas, y hoy sus escasos pero ardientes sectarios de esta banda de los Andes meditan erigirle una estatua en desagravio. Y nosotros, a nuestro turno, que escribimos sólo de paso, sin las mezquinas recriminaciones de los procesos y sin la petulancia de los fallos, creemos que esa discordia de voluntades debería zanjarse por un avenimiento de equidad.

Francisco Bilbao amó a Chile, fue un patriota, y al mismo tiempo que esto hizo asumió, según el juicio de sus propios admiradores, el rol prematuro de filósofo y de redentor.

Repatriemos entonces, nosotros, sus contemporáneos, sus cenizas con amor, reintegrándolo así en el suelo en que naciera y que le fuera ingrato. Pero que sea la posteridad, pero la posteridad únicamente, la que bata el bronce de su gloria, si, como aquellos lo creen contra nosotros, su genio precedió de un siglo a su época y a su fama...

### XXIII

Tal era el hombre que nosotros, humildes y callados, contemplábamos con amor desde un rincón del aposento cuya llave, a más tal vez de nuestro corazón, era nuestro único pasaporte en tal escena, cuando de improviso, Pedro Ugarte, que donde quiera que se presentase dominaba, interrumpió su diálogo con Alemparte, flojo en unos momentos, fiero y agitado en otros, y volviéndose bruscamente a Bilbao, díjole con viveza:

– ¿Qué necesita Ud., don Francisco, para levantar el pueblo de Santiago y sostener a San Felipe?

– ¡Una sola cosa! –respondió el tribuno, con la flemma de un estoico.

– ¿Y qué cosa es esa? –respondió Ugarte, rápido como el relámpago.

– Que se declare en estado de sitio la ciudad –contestó Bilbao– y esta noche prometo reunir seis mil igualitarios en la plaza que está a nuestros pies, para imponer al gobierno y hacerlo cambiar su política y su candidatura.

Esa salida heló la sangre de los interlocutores del tribuno y del jefe igualitario, primera columna de la revolución que ya venía en marcha. Aquellas palabras pronunciadas fríamente como por una estatua de mármol, no sonaban sino como la confirmación terrible de que Santiago era ya sólo un ancho sepulcro en que las provincias, extraviadas por un generoso patriotismo, caerían una en pos de otra, como sucumbieron en seguida en Petorca, en Valparaíso, en San Felipe, en Concepción, en Loncomilla, en todas partes.

Y, sin embargo, Bilbao decía eso con la tranquilidad de un profundo convencimiento y de una resolución tomada a sangre fría, porque –ya lo hemos dicho– su naturaleza, como todas las organizaciones místicas, llámense Abelardo, Vanini, Juan Huth, Olavide, tenía mucho de nebuloso y de incompleto. Era un Lacunza político del siglo XIX, soñador, que se asimilaba a los sueños y las escenas de otros espíritus y de otros climas. Creía en esos momentos que el Mapocho era el Sena, y que Santiago se cubriría de barricadas como París. Este fue el más grave y el más arraigado de sus errores, porque no se curó de él ni en Santiago, ni en Lima, ni en Guayaquil, ni en Buenos Aires, prueba irrefutable de que su mente no alcanzaba esos rápidos y extensos desenvolvimientos que constituyen las eminencias en la política, en la filosofía, en las bellas artes, en la ciencia del gobierno, en la dirección misma tumultuosa de los pueblos. Era un espíritu abstracto, fuera de hogar, al que faltaba casi por completo esa facultad del siglo que los franceses llaman el *sexto sentido de la especie humana*, y que consiste en la apreciación exacta de las cosas y de los hombres, de las situaciones y de las circunstancias; condición que debía ser vulgar por lo sencilla, pero que la vanidad mina las más veces, las pasiones ofuscan y los vicios postran hasta hacer de su posesión una virtud excelsa. Respecto de Bilbao, al menos, la carencia de ese don fue fatal, porque no sólo pasó y pasará a juicios posteriores como un simple visionario, sino porque su conducta personal, al menos en la época que recordamos, se resintió de su completo desconocimiento del suelo en que pisaba, de los hombres a quienes seguía y de las masas que le escuchaban y le aplaudían sin seguirle.

## XXV

Como todos los hombres que han empapado, desde temprano, su espíritu en la Biblia, Bilbao tenía mucho de iluminado, y por esto sólo puede trazarse la silueta y la estela de su espíritu como la de la nube; mas no es dable medir su densidad ni su volumen como en la nube también. El profeta se sobrepone en esos seres al hombre de razón. El evangelismo, que es lo sobrenatural, supedita a la conciencia y apaga o mitiga sus luces, únicos destellos que guían sin falacia el juicio y la acción humana, tanto en sus conceptos sobre los ajenos espíritus, como sobre la valorización del propio yo y de la propia conciencia.

Así, Bilbao creía en el pueblo, y no visitaba jamás sus chozas. Predicaba en el club la fraternidad universal, y no conocía ni de nombre las calles y los barrios miserables de Santiago en que esa palabra es sólo un sarcasmo fétido y sangriento. Recomendaba a la juventud frecuentar los hospitales para avezar desde temprano el alma al dolor y a la muerte, y no sabía si los hospitales de Santiago estaban en Guangualí o en Belén.<sup>4</sup> Naturaleza elevada, vivía en los espacios, y con batir sus alas, que eran su elocuencia, y con flotar en la luz con su idealismo, que era su inspiración, creía que llenaba cumplidamente la misión de caudillo de un pueblo, que fue siempre para su naturaleza, tierra ignota, en 1844 como en 1850, o más bien, playa de naufragos en todas épocas.

## XXVI

Francisco Bilbao, a la manera de los globos de fuego y de papel que vuelan a través de los espacios empujados por el viento, no conocía ni la geografía de las razas, ni las fronteras de los pueblos, ni la índole diversa de las naciones, ni de los estados, ni de los gobiernos; y de esta suerte, de pie, en un balcón, sobre la plaza de Santiago, donde el pito de un sereno bastaría para despejarla por sus cuatro costados en un caso de fermento popular, imaginaba hallarse todavía en aquel país singular en que basta que un hombre desaferre un adoquín del pavimento para que cien otros hagan lo mismo, y después mil y en seguida cien mil levanten la barricada y peleen tras de ella como fieras.

Por esto el tribuno parisiense, alojado de paso en Santiago, había dado al diálogo del altillo de la redacción de *El Progreso*, la extraña solución que acabamos de oír, y que fue textual hasta en sus sílabas: tanta es la fijeza de todo lo que la juventud y la revolución esculpió en la lápida de nuestros recuerdos. Por manera que para conjurar la inminencia del golpe de estado que se temía, lo único que proponía Bilbao a sus colegas era el estallido de ese mismo golpe sobre el yunque, que era el pueblo... Hemos dicho que el espíritu de Bilbao, como el de sus maestros e inspiradores de allende el océano, era sólo un soplo misterioso de la Biblia, y hasta su nombre (Bilbao) parecería acentuar su escuela y su secta.<sup>5</sup>

<sup>4</sup> Un testimonio contrario se encuentra en *La estatua del proscrito* de Luciano Piña, reproducido en este mismo número de *La Cañada*.

<sup>5</sup> Alusión a Lamennais y a su traducción al francés de los Evangelios (1846), obra de la cual Bilbao hizo a su vez una traducción al español, publicada en Lima en 1856.

## XXVII

No se traslució en el rostro de Ugarte la impresión que le causara el curioso plan del jefe de la *Igualdad* para sostener el levantamiento inesperado de San Felipe; pero esa impresión no debía ser de mucho aliento para aquel carácter acerbo, firme y ante todo práctico. En Pedro Ugarte, el conspirador estaba a cien codos de altura sobre el filósofo. Era ascético y creía, como el carbonero, en todo lo que la Iglesia ordena creer. Pero entre el Evangelio y el fusil estaba por el último a todas horas, con excepción de la de la muerte.

Mas, como en los momentos que venimos recordando, no se sabía nada de lo grave que pasaba sino por rumores, y aun se dudaba de la reunión del Consejo de Estado en aquella tarde, no se llegó a una solución definitiva en la conferencia del attillo de la *casa del rollo*. Se acordó, por consiguiente, una nueva cita para la noche en aquel mismo sitio, el más central de la ciudad.

Serían convocados a esa conferencia varios otros iniciados en la alta política de la revolución como José Miguel Carrera, Luis Ovalle, Bruno Larrain, Joaquín Lazo, Manuel Guerrero, Félix Mackenna y otros pocos, todos hombres de acción y de secreto. El que esto escribe como testigo, debía ser otra vez el porta-voz de aquella cita. Y aquí termina el primer cuadro del drama prometido.

## XXVIII

Eran las cinco de la tarde cuando nos retiramos a nuestras casas. Alemparte montó a caballo y fuese casi a galope a su albergue de Yungai, donde le esperaban dulces horas, demasiado dulces para el puesto de jefe de batalla cuando el cañón ya iba a tronar; Ugarte marchóse tranquilo pero suspicaz a su casa, calle de la Moneda, encargándose de vigilar de paso lo que ocurría en palacio; y Bilbao dirigióse donde su buena madre, en cuyo hogar todavía era un huésped acariciado después de seis años de ausencia.

Vivía la familia del último en la calle de Agustinas, casa de por medio con la familia Bernales, que ocupa todavía la suya. Era aquella una casa baja, de *mojinete*, como la del señor de la Morandais, la misma que lleva hoy sobre su zaguán el núm. 37. En el costado izquierdo del mediano patio que

le sirve de atrio, tenía Francisco Bilbao su modesta habitación republicana, que comenzaba en los ladrillos desnudos y terminaba en un cielo de tablas mal pintado, al paso que sus paredes blanqueadas con cal no ostentaban más adorno de nota que una imagen de la república francesa, pintada en lienzo, ataviada del gorro frijio, –“aux fortes mamelles”– el desnudo seno, levantando en una mano el tricolor y en la otra la espada vencedora. Bilbao había traído esa tela de París, de donde estaba recién llegado, después de las borrascas de 1848, y la había fijado al muro, encima de un sofá de junco, con cuatro toscas tachuelas: tan grande era su simplicidad y su pobreza.<sup>6</sup>

## XXIX

Habitaba el que traza estas memorias, al parecer de ayer y que cuentan, empero, un cuarto de siglo ya fenecido con exceso, en la calle de las Rosas, en el ángulo de la de Teatinos, y apenas a una cuadra del antiguo cuartel de San Pablo. Las ventanas del comedor daban a la calle, y conversábamos tranquilamente con un amigo inolvidable, de la cita de la tarde y de la noche a que en breve debíamos concurrir, cuando, junto con la primera cucharada de la apetitosa sopa, sentimos que desfilaba un tropel de caballos puestas a galope... Eran las partidas de vigilantes que salían, una en pos de otra, a ejecutar órdenes de prisión, en virtud de la declaración de *estado de sitio* que acababa de hacerse en la Moneda. Fuele, por tanto, forzoso al narrador salir corriendo tras ellos a tomar lenguas y a dar avisos, pues tenía, como ya hemos recordado, una consigna de citas que cumplir.

Por la proximidad de nuestros domicilios, escogí la casa de Francisco Bilbao para mi primera visita. Las calles estaban desiertas, el sol en su ocaso, los santiaguinos todos en sus mesas – santa y reposada hora de la digestión en un pueblo que antes cerraba sus puertas a dos llaves sobre la calle misma por el sosiego suculento del estómago, como si el pan fuera pereza y no punzada... Pero ya las patrullas arriaban a los cuarteles a los designados en la lista de largo trecho fabricada. Federico Errázuriz y don José Victorino Lastarria fueron los primeros en caer, y casi los únicos. Interesante y enconradiza coincidencia en estas “cosas de Chile”, que siempre tienen cosas...



<sup>6</sup> Se trata, sin duda, de una reproducción de *La libertad guiando al pueblo* (1830), de Eugène Delacroix.



## XXX

Al llegar a la casa de los Bilbaos, la agitación de su respetable madre, la señora Barquín, natural de Buenos Aires, matrona de nobilísima prosapia en aquella ciudad sin abolengos, traducía la situación que atravesaba. Tenía tres hijos y un anciano que guardar. Todos, empero, habían escapado al asalto de la policía, violento y salvaje, pero no del todo inesperado aquella tarde.

La señora se mostraba reservada, y respondía a las interrogaciones del emisario de la tarde sólo con medias palabras... ¿Dónde estaba Francisco Bilbao? ¿Cuál era su refugio improvisado? He aquí lo que la madre no se atrevía a revelar, y eso era precisamente lo que el porta voz de la revolución necesitaba saber. El golpe estaba dado, y era indispensable que los caudillos responsables se pusieran inmediatamente al habla. Por otra parte, no había olvidado aquél ni la aspiración ni el plan de batalla que Bilbao, hacía dos horas, trazara en el altílo de la casa Morandé. La declaración de sitio había sido hecha, las prisiones comenzaban, el peligro era inminente, y había, por lo tanto, llegado el momento en que los seis mil afiliados de la *Igualdad* se convocasen en la plaza para sostener la situación.

Porfié, y al fin la angustiada señora me reveló su secreto. Bilbao, dotado de un cuerpo fino y elástico, había pasado como de un salto del patio interior de su casa al de los señores Bernales, ayudado por una escalera y en las barbas mismas de los soldados que invadían todas las habitaciones con estrepitosa insolencia.

## XXXI

Pasé en el acto y no sin imprudencia a la casa vecina, y allí fui llevado a presencia de Bilbao. Estaba éste, sereno y dueño enteramente de sí mismo, pero disfrazado de mujer y tras de las cortinas de una ancha cama de matrimonio, con sombrero de flores de lienzo en la cabeza, por el estilo de los que entonces se usaban en París como en Santiago y que encerraban dentro de un marco todo el rostro. Lo que más extraño parecía era que Bilbao, teniendo la cutis sumamente blanca y limpia, los ojos azules y hermosos y una cabellera profusa hasta la extravagancia, representaba a lo vivo el papel que ahora le cabía, al punto que el airoso triunviro de la tarde me pareció una ruborosa *miss*

inglesa, embarazada un tanto por el exceso, la hora y el sitio de la cita.<sup>4</sup> Fue aquel un encuentro verdaderamente curioso y peculiar, y recuerdo bien que ni uno ni otro de los interlocutores pudo evitar de reírse de la escena. El digno caballero don José Bernales fué también testigo de ella, si no se ha borrado del lienzo de los recuerdos ninguna de sus figuras.

Y aquí llegamos sin esfuerzo al término del segundo cuadro de las “cosas de Chile”, cuyo desarrollo en todos sus detalles y menudencias dejamos por entero a la imaginación de cada cual. Falta sólo el último que es el desenlace.

## XXXII

Eran ya las oraciones: la noche pardeaba, las campanas tocaban el *angelus*, y los caballeros acostumbrados al paseo veraniego de la Alameda volvían de dos en dos, o cada cual de *bracete* con su cuya por las aceras, con sus sombreros en la mano recitando a media voz la dulce plegaria de la virgen. Era preciso, empero, despacharse, porque, como decía en tiempos más heroicos el General Las Heras, “la guerra no se hace con padre-nuestros” y allí la estábamos haciendo con crespos y fustanes. Me esforcé por tanto en convencer a Bilbao de que debía abandonar su disfraz y correr a la plaza, a la Alameda, al club, donde quiera que pudiera congregarse al pueblo para llamarle a la batalla y al sacrificio. A todo se resistió. Presentó mil excusas diferentes, todas teóricas, todas ambiguas; pero ninguna era de miedo, porque, volvemos a decirlo, aquella alma había sido templada en fuerte yunque. Era la idea la que fluctuaba, era la responsabilidad, era el sacrificio ajeno, era el presentimiento de la esterilidad o era todo eso junto forcejeando a la vez, dentro de una alma mística y de una cabeza nebulosa, con el impulso del deber actual, de la promesa reciente, lucha que al fin ganolo por entero al desaliento y al escondite.

Es preciso agregar, por otra parte, que desde los primeros días de su regreso de Europa, Bilbao se había negado a tomar escarapela en ninguno de los partidos militantes, y aun después de comprometido en la causa liberal, resistió con obstinación, pero sólo en teoría, todo propósito revolucionario, hasta que estalló el levantamiento popular de San Felipe en el día que dejamos señalado.

Pero lleguemos por fin al desenlace.

<sup>4</sup> Este pasaje fue citado por Crescente Errázuriz, en el texto suyo que reproducimos en este mismo número de *La Cañada*, con la significativa interferencia siguiente: “una ruborosa miss inglesa, embarazada un tanto por la hora, el sitio y el sexo de la cita”.

## XXXIII

Había entrado ya la noche con todo el volumen de su cuerpo y de sus sombras. Las estrellas brillaban diáfanas y temblorosas en lo alto, al paso que unos cuantos muchachos prendían lentamente las opacas linternas del alumbrado de aceite que habían valido hacia poco al apreciable intendente la Barra el irrespetuoso apodo de “Miguel el farolero”, cuando el narrador de estos contrastes se retiraba del asilo de Francisco Bilbao y se dirigía a la Alameda en busca de otros ecos para su agitación no adormecida por un primer rechazo. En nada parecía alterado el diario vivir de la ciudad. Los mismos raros pasantes, algunas mujeres de mantón, que iban o volvían de la vía sacra; acá un bodegón abierto; en un zaguán indulgente algún bollero con su canasto y su farol; el agudo grito de un vendedor de pasto que volvía a su potrero –*yerba! yerba!*–; el esquilón de la Catedral tocando la hora de ánimas, y los vivos como ánimas dentro de sus levitas rondando silenciosos las aceras... He aquí el cuadro vivo de aquella ciudad que parecía muerta. Pero no obstante era preciso siquiera encontrar cooperadores, armas, soldados de la idea y de la libertad. “La promulgación del estado de sitio debe haber estallado como una bomba en el corazón de los patriotas, decíanos la voz sorda del presagio; ...los clubs se han congregado; ...la *Igualdad* despliega las banderas de sus grupos (y el que esto escribe era secretario del 5.º, y guarda su diploma refrendado por la rúbrica mitológica de Bilbao); ...los ciudadanos marchan, por fin, a cumplir su deber y sus promesas...”. Todo esto revoloteaba como un torbellino de fuego en derredor de mis pasos y me empujaba y atraía hacia el abismo. La patria iba a salvarse... Con el corazón henchido de estas imágenes llego al fin a la vasta, sombría y apenas iluminada Alameda, atravieso con pasos acelerados el costado norte del paseo, me acerco receloso a las avenidas, y allí al fin diviso ¡oh Santiago! formadas en batalla, en triples hileras y en larguísimas filas, por la derecha y por la izquierda, cuatro o cinco mil... álamos.

Era este el tercero y el último cuadro. El drama que hemos llamado por simple inscripción de portada *¡Cosas de Chile!* había concluido...

## XXXIV

La tibia brisa de una noche de noviembre sacudía tristemente el follaje de los árboles, y la profunda y tenebrosa soledad de la hora convidaba al alma a la meditación de las cosas humanas como son en general, y de ese otro género de cosas que suelen llamarse entre nosotros con no escasa filosofía y propiedad “Cosas de Chile”. Aquella era una de ellas, ¡y qué cosa!

Me senté en un desierto sofá, y después de haber meditado largamente dentro de mí mismo en todo aquello que había pasado tan aprisa (cuatro horas), gané mi casa y mi cama pensando en la *casa del rollo*, en los mojinetes de Santiago, en el altillo de *El Progreso*, en el *estado de sitio* de 1850, en la teología, en los tesoreros reales de hoy y de antaño, en la alfalfa, en los álamos de la Alameda, en el veinticinco por ciento de los capitanes generales, en el bastón de estoque de don Pedro Ugarte, y más que en todo esto, en Francisco Bilbao, tribuno del pueblo a las cinco de la tarde, *miss inglesa* a la siete, “cosas todas de Chile”, y que como tales contamos con candor a los chilenos, mientras llega ocasión de ocupar sus benévolas miradas con cosas de más alto coturno, y también de más humilde linaje, porque fuerza es al escritor buscar en la variedad de temas el remedio de un mal profundo e incurable que es tan chileno como el palqui: la monotonía.

Por esto no desconfiamos de poder narrar en breve en estas hojas de la hospitalidad de una hora, otras “cosas de Chile”, más abultadas unas, más leves otras y livianas que las que al correr de la tinta van ahora a despertar en su almohada dominical a la ciudad amada del sueño, de la misa y del baile de gobierno, todo gratis, y aun este homenaje postumo, flor y ortiga de las tumbas, de balde y con prima... ¡Cosas de Chile!

Santiago, octubre 7 de 1876.